

EL SILENCIO DEL FARO.

Cada noche, desde hace años, sube los 137 escalones del faro con la linterna en una mano y la esperanza en la otra. Nadie más lo entiende. Le dicen viejo loco, que ya no tiene sentido esperar. Pero él insiste.

Su hija desapareció en el mar una noche sin luna, con solo 16 años y una carta en el bolsillo: “Si no me entiendes, al menos no me busques”. Pero él la BUSCA igual, como si buscar fuera amar en otro idioma.

Desde lo alto, ESCUCHA el viento, las olas, y a veces jura oír su risa mezclada con la espuma. No es una ilusión, dice. Es ella, llamándolo en el lenguaje de los que ya no están donde deberían.

Una vez al mes, en la noche más clara, deja encendida la linterna del faro toda la madrugada. Por si ella vuelve. Por si alguien más necesita luz para volver.

“Tal vez no vuelva”, dice, “pero si alguna vez lo intenta...quiero que sepa que este lugar todavía la ACOGE”.

La gente del pueblo ya no lo llama loco. Ahora solo lo llaman “el farero”, y en silencio, cada uno sube los escalones cuando tiene algo que esperar. Porque todos, en el fondo, buscamos a alguien.

BALSA BOTÍN